

ARQUITECTURA Y ALUMBRADO

Desde que, en los albores de la civilización, el hombre se puso a construir casas y templos, intentó dar a sus construcciones un aspecto interno y externo que revelara sus precoces sentimientos del arte. Para alcanzar resultados satisfactorios, tuvo que tener en cuenta la luz y los efectos producidos por ésta sobre sus creaciones arquitectónicas.

Cada forma o cuerpo, cada perfil, la variedad de piedras y cada conjunto, se concebían, y siguen concibiéndose aún, según que el arquitecto se represente los resultados de la sombra y de la luz, de las siluetas o de los contrastes de colores.

Un arquitecto de El Cairo o de Nápoles deberá tener siempre en cuenta el sol, siempre muy alto, por así decir, en un claro cielo azul. Los finos perfiles de los templos griegos, los bajo-relieves sirios y los jeroglíficos egipcios demuestran claramente que los antiguos arquitectos se basaban en una larga tradición y experiencia y sabían lo que podían obtener utilizando la luz y sus efectos.

La tradición cuenta que los griegos podían hacer penetrar un rayo de sol, una vez al año y a una hora determinada del día, en su famoso templo de Zeus, rayo que iluminaba la imagen de la divinidad y entraba por una abertura practicada en el techo. Este efecto es, en realidad, uno de los primeros ejemplos de una iluminación interior voluntaria.

El arquitecto meridional, el de la antigüedad egipcia, griega o romana, el del gótico o del Renacimiento, se basa totalmente sobre una luz solar intensa. El Gótico y el Renacimiento nórdicos, por el contrario, presentan una mayor riqueza de formas—torreones, torrecillas y campanarios finamente cincelados—para que, bajo el cielo generalmente gris de los países del Norte, la arquitectura de sus edificios pudiera ponerse de relieve por el contraste de sombras y de luz.

El arquitecto debe ser, por tanto, en primer lugar, un artista del alumbrado. Esto era cierto, sobre todo en los siglos precedentes, por lo que se refiere al aspecto exterior de las construcciones; pero ya en el tiempo de las crinolinas y de las pelucas se podía ver por aquí y por allá un concurso genial para la disposición espacial y el reparto de la intensidad luminosa, tanto durante el día como con la luz artificial.

La arquitectura luminosa propiamente dicha es, sin embargo, un arte aún relativamente joven. Desde el invento y el desarrollo de las lámparas incandescentes y de las lámparas de descarga en atmósfera gaseosa, muchos arquitectos encontraron en estas fuentes de luz el medio por excelencia para dar a sus creaciones los efectos requeridos, una atmósfera deseada y ciertos detalles arquitectónicos.

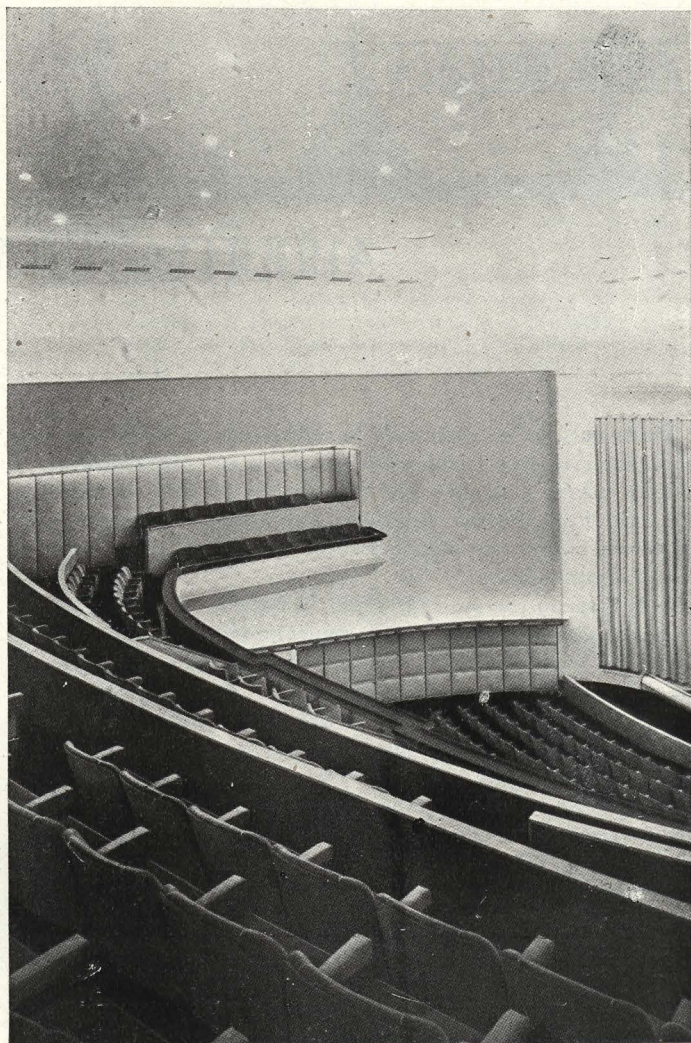
Antes de contarse con la luz eléctrica, el alumbrado artificial



Una interesante posibilidad de alumbrado interior. Espejos en cúpula están aquí iluminados por lámparas tubulares dispuestas en líneas. Estas lámparas no están totalmente disimuladas intencionadamente, para que el alumbrado permanezca parcialmente directo.



Las dimensiones y las construcciones especiales de los barcos dejan, ciertamente, mucha menos libertad al arquitecto para establecer el proyecto de alumbrado. A pesar de esto, esta fotografía de una sala del «Nieuw-Amsterdam» da una imagen clara de lo que son unas posibilidades bien explotadas.



Interior del teatro de Utrecht (Holanda), que muestra de forma convincente cuál es el importante papel que llena la luz artificial en la arquitectura moderna. El arquitecto—Dudok—ha creado un edificio que no está compuesto solamente de piedras, vidrio y hierro, sino en cuya fabricación interviene también un material aún frecuentemente descuidado: la luz artificial.

era relativamente raro y costoso. Era, pues, perfectamente comprensible que dejaran radiar la fuente luminosa, fuera ésta un candelabro o una lámpara de petróleo, en todas las direcciones. La mayoría de los alumbrados de interiores se redujeron a una fuente luminosa colocada en el centro del espacio a alumbrar. Por tradición, esta disposición se mantuvo para la luz eléctrica. Pero a medida que la lámpara incandescente se hizo más y más potente y más barata, esta colocación en el centro del local se reveló cada vez más desfavorable. Bien entendido que una luz potente ilumina el espacio hasta los más mínimos rincones, pero produce también de esta forma un deslumbramiento molesto. También se utilizaron las pantallas necesariamente suspendidas muy bajas, que sumergían en su profunda sombra todas las partes del local que no estaban iluminadas directamente por la lámpara. A pesar de todo, la luz artificial ofrece una gran libertad de acción cuando se trata de jugar con los efectos de luz y de sombra. Se puede controlar totalmente la cantidad y la orientación de la luz. Cuando se proyecta un edificio o una casa, se tiene inmediatamente la tentación de relegar a un segundo plano el alumbrado artificial, dado que se puede iluminar en todo tiempo. Está claro que éste no es un buen método. Es cierto que actualmente se coloca en las habitaciones y en los edificios un número suficiente de tomacorrientes, y que se da así a los ocupantes toda posibilidad de alumbrar los locales según su propio gusto. Sin embargo, estas posibilidades de alumbrado, por así decir, arbitrarias, no producen, sino muy raramente, un conjunto armonioso entre la luz artificial y la arquitectura. Queremos llamar la atención particularmente sobre el hecho de que justamente en el período actual de reconstrucción mundial que sigue a la guerra, hay que reconstruir pueblos enteros y paliar una falta de viviendas, por lo que es de la mayor importancia el que estemos al corriente de las

posibilidades del moderno alumbrado de interiores, del alumbrado directo, indirecto y otros. Ahora que hay que reconstruir calles enteras, ¿por qué no hacerlo previendo un alumbrado moderno? Alumbrado indirecto con nichos y cornisas luminosas a lo largo de las paredes, alumbrado eficaz de la cocina, etc.

La arquitectura luminosa moderna obliga al arquitecto a tener en cuenta todas las posibilidades de aplicación de las actuales fuentes luminosas para valorar así todas las formas. Los techos y las paredes pueden valorar mucho mejor sus formas armoniosas gracias a su iluminación; las construcciones macizas pierden su pesadez bajo un intenso alumbrado, y los fondos luminosos nos dan la ocasión de recortar en siluetas las formas puras de una columna o de algún otro elemento arquitectónico.

En cuanto un arquitecto hace de una pared, de un nicho o de un techo una superficie luminosa, el alumbrado se convierte en una parte de su creación. Cuando la luz responde, no solamente a las intenciones estéticas, sino que se hace también un elemento indispensable de la construcción, podemos hablar de arquitectura luminosa. Esta es, concretamente, la arquitectura concebida y realizada por el arquitecto con vistas a obtener un sistema de alumbrado que constituya un todo con el edificio.

La palabra arquitectura luminosa se emplea frecuentemente en forma errónea. Si cualquiera proyecta, por ejemplo, un ornamento luminoso de buen gusto que se adapta al resto del ambiente, esto no constituye aún la arquitectura luminosa. No es más que cuando la luz de un ornamento o de un nicho divide el espacio en partes sombreadas y claras, cuando el color y la forma de los materiales se pone de relieve por el juego de sombras en sus relaciones recíprocas, y esto en la forma deseada por el arquitecto, cuando se puede hablar de un acuerdo ideal entre la luz y la arquitectura interior.